

el fuego subyacente. Inmensas columnas de vapor se elevaban hacia el cielo, mientras caía más agua de las nubes entre violentos relámpagos y truenos.

—Están viendo una cosa muy importante —señaló Luisito—: la salazón del mar.

—¿Qué? —preguntó Donald, que no había comprendido—.

—Fíjate, tío —explicó Dieguito—, que las nubes son de agua dulce. No hay sal en la lluvia.

—¿Es verdad! —se admiró Donald—. Pero, entonces, ¿de dónde vino la sal?

—Es lo que Luisito acaba de comentar. Proviene de este magma que entra en contacto con el agua. Aún hoy, o mejor, allá en el siglo XX, cuando un volcán lanza lava en el mar, le adiciona al agua moléculas de sodio, cloro, magnesio, etc. Sólo que, allá en el siglo XX, la cantidad de erupciones volcánicas es mínima. Para obtener toda la sal que posee, el mar tuvo que recibir derrames de magma de esa envergadura.

Fuoco a poco, todo se iba aquietando. Las grietas de la corteza no eran ya tan grandes y, por debajo de la espesa capa de nubes, podían distinguir, vagamente, tierras y mares de formas desconocidas.

—Lo que están viendo, aunque muy mal por causa de las nubes, ocurre en el período menos conocido de la

historia de nuestro planeta. Poco sabemos de esos antiguos continentes y mares de 2 mil millones de años atrás.

—Caramba, sería bueno que pudiéramos descender allí para observar los seres que habitan esos mares —comentó Donald—.

—*Hummm*, tal vez se podría ganar algún dinero —musitó Patilludo—. Imagínate lo que ocurriría si pudiéramos exhibir en un zoológico "un monstruo desconocido de hace 2 mil millones de años"...

—Puedes desistir, tío. No hay nada de eso en estos mares —afirmó Luisito—, porque en ellos recién está comenzando la vida.

—¡Eh! —dijo Huguito—. Eso parece interesante... ¿Fue Ludovico quien te explicó el origen de la vida?

—Sí, fue él —confirmó Luisito—. Cuando hicimos el curso preparatorio para este viaje, mientras tú asistías a las clases de Geología de Pardal, Ludovico me enseñaba Biología.

—Entonces explica, pues todos estamos interesados —pidió Dieguito—.

NACE LA VIDA

—Bueno —asintió Luisito—, observen este aparato. Es un espectrógrafo, que permite analizar la luz emitida o reflejada por un astro, para saber cuáles son las sustancias que lo forman. Con aparatos como éste estudian los

astrónomos la atmósfera de los otros planetas.

—Este espectrógrafo está mostrando que la atmósfera está formada por metano (CH_4), amoníaco (NH_3) y agua (H_2O) —añadió Dieguito, que observaba la Tierra—. No hay oxígeno libre (O).

—¿Cómo que no hay oxígeno? —protestó Donald—. No ves bien.

—Es así, tío —confirmó Luisito—. El oxígeno libre de la atmósfera lo proveen las plantas, y en este mundo aún no hay plantas. Ahora voy a hacer otra pregunta: ¿qué elementos integran la materia viva? ¿Cuál es su composición química?

—Eso lo sé —dijo Huguito—. Todas las células vivas están compuestas por tres tipos de moléculas: proteínas, grasas y azúcares. Son moléculas enormes, larguísimas, con millares de átomos.

—Exactamente —siguió Luisito—, pero esas sustancias, las proteínas, las grasas y los azúcares, ¿por qué elementos están formadas?

Como nadie respondía, él mismo explicó:

—Si tomamos una molécula de proteína, por ejemplo, podemos dividirla en una serie de unidades. Es como si la cadena de la proteína estuviese formada por una serie de anillos, uno sujeto al otro. Cada uno de esos anillos

Para los griegos y los romanos había un dios, Vulcano, que habitaba en las montañas y en el interior de la Tierra. Era su cólera la que producía las erupciones y terremotos.



